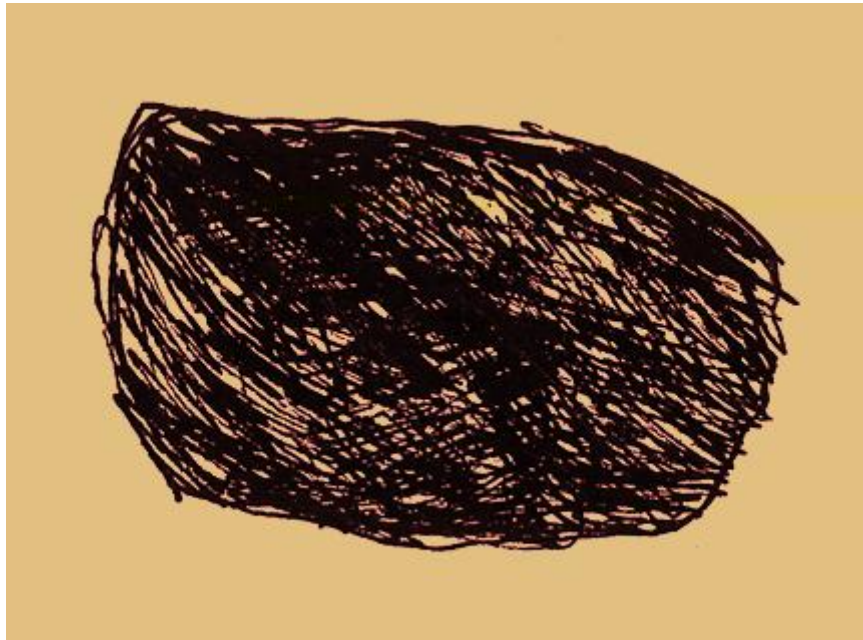


## HERMANDAD CON EL AGUA

Javier Acosta



Leído en las jornadas sobre Arte y religiosidad organizadas por el Instituto Cultural de Zacatecas y la Maestría en Filosofía e Historia de las Ideas de la UAZ (noviembre de 2004).

Dicen que el arcángel Gabriel dictó a Mahoma estos versos del Corán:

«En cuanto a los poetas, yerran quienes

los siguen. ¿No viste cómo se descaminan en los valles?

¿Y cómo dicen lo que no dicen?»

Diciendo lo que no dice, el poeta se aparta del camino, se desencamina, y esa falta separa a la poesía del recto decir. ¿Qué dice entonces la religión sobre el arte, sobre la poesía? que por sí misma no puede conducir al bien, al espíritu. Podríamos encontrar ese mismo argumento en la diatriba contra los poetas contenida en La República de Platón. Y es que los enemigos rara vez fallan —«quien te ofende te conoce», advierte Georges Bataille—, cuando menos en el caso del arte esto es cierto: por sí mismo desencamina, lo retuerce todo. Y es que la poesía, aun cuando camina al centro del espíritu lo hace para mostrar su fondo de oscuridad, la oscuridad que habita en el corazón de la luz —el *àlogon* del *logos*—; y eso no puede y no debe gustar a la religiosidad. Podemos entender así el pernicioso papel que en lo religioso puede y debe desempeñar la poesía.

Acatemos entonces a Platón y Mahoma. La poesía no es un camino de iluminación. Si es iluminación no es un camino. Vagancia, campo traviesa, perdedero. Vagan los poetas por el torcido camino de la oscuridad. Quienes los siguen yerran, porque los poetas no tienen camino, porque la poesía no es un camino. Porque el espíritu reclama —nos dicen— un camino. Es la poesía uno de esos «caminos» para los que no quieren ni pueden seguir un camino. Lo que difiere del camino. Y es que el poeta avanza doblemente a ciegas por el mundo— porque ya no hay más un mundo, porque «todos vivimos nuestra vida en la más completa oscuridad, [aunque] los poetas también están ciegos, pero ven con los ojos de los ángeles» — dice William Carlos—, y porque, según ha revelado Rilke, «todo ángel es terrible».

Camino de tropiezos, camino de equívocos, de aguda locura y ciega visión. Aunque también lo espiritual puede no ser sino una forma exacerbada de la ceguera, la ilusión de ver algo ahí donde no ha habido nada, el delirio de la rectitud y del camino. Porque, dice

Pessoa, lo más difícil es ver aquello que simplemente son las cosas, observar por ejemplo que «La mariposa es sólo una mariposa/ y la flor es sólo una flor»<sup>1</sup>.

El goce del espíritu es el rumbo—el camino mismo es lo espiritual si acatamos a Hegel, el rumbo que se hace, que sale de las evanescentes entrañas del espíritu in progress; desacatémoslo, desacatemos a Platón y Mahoma. Imaginemos un espíritu sucio, de ride, sin rumbo, en el camino; no un espíritu, sino la horda que nos describe Jack Kerouac en *On the road*: «—Tenemos que movernos. —Para llegar a dónde, amigo. —No sé, pero tenemos que movernos».

Pero momento, no sólo el teólogo, no sólo el metafísico, también el poeta puede reclamar una reconducción del impulso poético. Paul Claudel por ejemplo, para quien la poesía reconduce y debe reconducir al redil de la especie o del ser, o de su verdad, pues «sólo la verdad unifica, y todo lo que no está con ella, disipa»<sup>2</sup>. Para Bataille, la poesía significa el regreso imposible a la animalidad perdida y con ella al todo, para Deleuze la poesía, el arte, es aquello que compartimos con los animales y que nos permite como a ellos fundar territorios, identificaciones —si bien pasajeras. Y añadamos —con Roger Caillois— que la religión es aquello compartimos con los insectos, ese impulso de reunirnos con el todo, el ser, lo inerte, el vacío. Pero en el centro de la religión como en el de toda filosofía hay una poética, o cuando menos un tropo. En el fondo hay un querer transformarse en otra cosa, en esa cosa distinta que somos —dicen— en el fondo. Unidad perfecta, señala la religión: unidad imperfecta, señala la poesía, que no se cansa de transformarlo todo en otra cosa.

Pero también puede haber, desde la poesía, una denuncia de la mística, una objeción al místico que encuentra que es hermano del sol y de la luna, o a un poeta como Byron, que observa su continuidad con las montañas y con los pájaros. Puede venir, desde la poesía, un rechazo a Claudel, que reclama nuestra hermandad con la naturaleza<sup>3</sup>. Por ejemplo Alberto Caeiro, que en el poema XXVIII del *Guardador de rebaños* escribe: «Hoy he leído casi dos

páginas/ del libro de un poeta místico/ y me he reído como quien ha llorado mucho./ los poetas místicos son filósofos enfermos, /y los filósofos son hombres locos. // porque los poetas místicos dicen que las flores sienten/ y dicen que las piedras tienen alma/ y que los ríos tienen éxtasis al luar./Pero las flores, si sintiesen, no serían flores,/ serían personas;/y si las piedras tuviesen alma, serían cosas vivas, no serían piedras;/ y si los ríos tuviesen éxtasis al luar, / los ríos serían hombres enfermos./ Es necesario no saber lo son flores y piedras y ríos/ para hablar de sus sentimientos.// Hablar del alma de las piedras, de las flores, de los ríos, / es hablar de sí mis-mo y de sus falsos pensamientos./Gracias a Dios que las piedras son sólo piedras/ y que los ríos no son sino ríos, / y que las flores no son más que flores. (...)4

Pensamos con frecuencia que la teología y la filosofía se han equivocado cuando juzgan a los poetas. Pero hay que ver si podemos aceptar que se trata, la mística, de una enfermedad con que la filosofía a tocado a la poesía— patología que los filósofos suelen confundir con la salud de la poesía. ¿Es nada más una filosofía hermo-seada la de San Juan de la Cruz? ¿Es nada más una enfermedad seductora la de Hölderlin? No sé, no entiendo aún el justo alcance de los hermosos versos antimetafí-sicos y paganos de Alberto Caeiro.

Ya de por sí es difícil aceptar que tienen razón cuando nos indican el peligro que representan —en general— los poetas para el alma y para la ciudad, y para el espíritu. Incluso para la reunión del todo con el todo, postulada por la poesía nirvánica, pues donde la religión tran-quiliza y debe tranquilizar, la poesía —aún la mística— perturba y debe perturbar; donde la religión ayuda a bien morir, la poesía —aún la filosófica— puede y debe resistirse, oponerse y aceptar la muerte con igual legitimidad. Ya de por sí es difícil aceptar esto, para además encontrarnos con que hay, puede existir, un cierto camino espurio de la poesía: porque en ella todo encaminarse, todo rumbo, es, debería ser, una falsa poesía —difícil de aceptar, insisto.

\*

A pesar de todo —me toca sostenerlo— la poesía es, como la religión, una forma de compasión. La compasión religiosa trata de descargar al hombre de la pesada carga de su separación, la compasión poética ayuda al hombre a transmutar la carga en globo aerostático. Compasión anticompasiva —para acatar a Nietzsche. La poesía canta la aurática separación del hombre, que no puede llamar ni madre, ni esposa, ni hermana a la naturaleza «¿para que había de llamar hermana al agua si ella no es mi hermana?» («Para que havia de chamar minha irma à água, se ela nao é minha irma?»), insiste Alberto Caeiro. La comunidad religiosa ( nos dice en el poema Leram—me hoje S. Francisco de Assis) es una forma de ceguera poética. Amar lúcidamente las cosas significa aquí reconocer su diferencia sustancial. Considerar el valor de las cosas no por la relación sino también por su ausencia o por su desnudo ser, ser sin nombres, sin familiaridad. El agua no es hermana de Caeiro: «Al llamarla hermana veo lo que no es/ y si ella es agua lo mejor es llamarla agua;/ O, mejor aún, no llamarla de ningún modo»<sup>5</sup>. Esa es la compasión de la poesía, el dejar ser la discontinuidad «sustancial» de las cosas. Esa es la compasión no cristiana, no religiosa de la poesía —aunque talvez esta compasión es exclusiva de Alberto Caeiro: «el único poeta de la naturaleza», según sus mismas palabras.

¿Puedes aún amar el agua sin que sea tu hermana? ¿Puedes amar a lo absolutamente desemejante? ¿Puedes ver simplemente lo que son las cosas? ¿Puedes alguna vez apartar la mirada de lo invisible? ¿Puedes ver lo visible? Defiendo que es imposible para el místico, defiendo que es imposible para el filósofo. Defiendo que es una alta y oscura y elegante compasión, de la que sólo ha dado ejemplos la poesía.

\*

¿Se ha desagregado la poesía de la religión? Podríamos atrevernos a pensar que lo espiritual a escogido la poesía para manifestarse, para mostrarse a los hombres; o bien, que ha sido necesario que el espíritu sea cantado y no explicado.

Lo espiritual habrá elegido acaso, ese andar sin camino del poeta, esa ambigua tesitura de la poesía. O tal vez lo espiritual es nada más un canto sin cantor, y cada cosa una frágil caja de resonancia. Todavía más: podríamos atrevernos a pensar que lo poético ha fundado lo espiritual, que ha inventado esa versión de lo real. Lo espiritual sería un cántico, el coro y el clamor de una voz, la dulce y desternillada hipótesis de la reunión en lo Uno–Todo. Porque cada palabra es un griterío, porque la suma de todas las voces, de todos los aleteos de mosquitos, de todos los sostenes que ahora son desabrochados por manos torpes o experimentadas, porque la suma del roce que hacen todos los muslos que se cruzan ahora, porque la suma del gruñido de todas las tripas que ahora tienen hambre, porque la suma de todos los ruidos de la tierra, porque la suma de ruidos que hacen todos los planetas, porque la suma de todos los sonidos que hacen todas las manchas solares al explotar, porque la suma de todas las vibraciones que producen las galaxias al separarse, porque todo sería nada más el cántico sin escucha de la eternidad, o nada más tal vez la breve melodía, o el largo acorde, o el armónico, o una nota nada más, en falso, en la eterna sinfonía del silencio.

## NOTAS

1 Alberto Caeiro, *El guardador de rebaños*. Valencia: Pre–textos, 1997, XL.

2 Paul Claudel, *Posiciones y Propositiones*, I. París: Gallimard, 1928, p. 210.

3 Paul Claudel, *op. cit.*

4 Alberto Caeiro, *op. cit.*

5 Ídem, «Poemas inconjuntos», p. 38.